

COLECCIÓN
ANA DE LAS TEJAS VERDES

ANA LA DE AVONLEA

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES



ANA
la de
AVONLEA

L. M. MONTGOMERY

 MESTAS EDICIONES

Colección

ANA DE LAS TEJAS VERDES

© MESTAS EDICIONES, S.L.

Avda. de Guadalix, 103

28120 Algete, Madrid

Tel. 91 886 43 80

Fax: 91 886 47 19

E-mail: info@mestasediciones.com

www.mestasediciones.com

<https://www.facebook.com/MestasEdiciones/>

<https://www.instagram.com/MestasEdiciones/>

<https://x.com/MestasEdiciones/>

© Traducción: Pablo Rodríguez Nogueras

Correcciones: L.T.O.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Diseño e ilustración de portada:

SANTY (tifanymorlas@gmail.com)

Diseño interior: Mestas Ediciones

Primera edición: *Octubre, 2026*

ISBN: 979-13-88133-15-2

Depósito legal: M-10291-2026

Printed in China – Impreso en China

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. - Mestas Ediciones deja constancia que para la realización de este libro se ha apoyado en la inteligencia artificial para la confección de imágenes interiores. - Reservados todos los derechos. Todo el proceso de edición de este libro se ha realizado en Madrid (España)

INTRODUCCIÓN

A los dieciséis años, el mundo empieza a cambiar de forma. Las decisiones pesan más, las responsabilidades aparecen poco a poco y el futuro comienza a dibujarse con mayor claridad. Ana Shirley, la joven protagonista que muchos lectores conocieron en *Ana de las Tejas Verdes* cuando todavía era una niña llena de imaginación y ocurrencias, se encuentra ahora en ese momento de su vida en el que todo empieza a transformarse. Sigue teniendo la misma imaginación desbordante y el mismo entusiasmo por el mundo, pero también empieza a descubrir que crecer significa encontrar un lugar propio entre los demás.

En *Ana la de Avonlea*, Lucy Maud Montgomery nos lleva al pequeño pueblo donde vive esta joven protagonista. Avonlea es un lugar tranquilo, rodeado de campos y caminos arbolados, donde los vecinos se conocen bien y donde la vida parece avanzar a un ritmo sereno. Sin embargo, incluso en los lugares más calmados ocurren cosas inesperadas, y la vida cotidiana puede estar llena de pequeñas aventuras.

Ana tiene ahora una nueva responsabilidad: se ha convertido en maestra de la escuela del pueblo. A pesar de su juventud, deberá aprender a enseñar, a comprender a sus alumnos y a resolver los pequeños problemas que aparecen en el aula. No siempre será fácil. Los niños tienen sus propias ocurrencias, sus travesuras y sus maneras de ver el mundo, y Ana tendrá que descubrir poco a poco cómo guiarlos sin perder su propia forma de ser.

Este nuevo papel abre una etapa llena de experiencias. Ana sigue teniendo una imaginación muy viva y una manera entu-



siasta de mirar el mundo, pero también empieza a comprender que crecer implica aprender de los errores, tomar decisiones y afrontar responsabilidades. En ese camino intenta encontrar un equilibrio entre sus sueños y las exigencias de la vida diaria.

El pueblo de Avonlea continúa siendo el escenario donde todo ocurre. Montgomery describe este lugar con gran cariño y atención a los detalles: las casas rodeadas de árboles, los caminos rurales, las reuniones entre vecinos y las conversaciones que llenan la vida del pueblo. En ese entorno aparecen personajes muy variados, cada uno con su forma de pensar y de actuar, lo que da lugar a situaciones divertidas, momentos emotivos y más de un enredo inesperado.

Uno de los mayores talentos de Lucy Maud Montgomery es su capacidad para convertir lo cotidiano en algo especial. Las clases en la escuela, los paseos por el campo o las pequeñas historias de los habitantes del pueblo se transforman en episodios llenos de vida. La autora observa a sus personajes con humor y afecto, mostrando tanto sus defectos como sus cualidades. Gracias a esa mirada cercana, el lector tiene la sensación de formar parte de la vida del pueblo, como si caminara por sus calles o escuchara las conversaciones que surgen en cualquier reunión entre vecinos.

Lucy Maud Montgomery nació en 1874 en la Isla del Príncipe Eduardo, el mismo lugar donde se sitúan estas historias. Conocía muy bien el paisaje de campos, pueblos pequeños y vecinos que comparten su vida día a día. Esa experiencia le permitió crear un mundo literario lleno de autenticidad, donde los personajes parecen personas reales y donde cada pequeño acontecimiento tiene su importancia. El gran éxito de la primera novela dedicada a Ana Shirley, publicada en 1908, llevó a la autora a seguir escribiendo nuevas historias sobre este personaje. *Ana la de Avonlea* es la segunda de esas novelas.

En esta historia, además, Montgomery muestra con especial sensibilidad un momento importante en la vida de cualquier



joven. Ana se encuentra en una edad en la que las amistades se vuelven más importantes, los sueños empiezan a tomar forma y el futuro deja de ser algo lejano para convertirse en una realidad que poco a poco se acerca. Sus conversaciones con amigos, sus dudas y sus ilusiones reflejan muy bien esa etapa de la vida en la que uno empieza a preguntarse qué camino quiere seguir. Al mismo tiempo, la joven protagonista aprende a mirar a los demás con mayor comprensión y a descubrir que crecer significa también asumir responsabilidades y pensar en quienes nos rodean. Entre las pequeñas alegrías del día a día, los imprevistos que trae la vida del pueblo y los retos que aparecen en la escuela, Ana continúa aprendiendo a encontrar su lugar en el mundo.

Más de un siglo después de su publicación, Ana Shirley continúa conquistando a nuevos lectores. Tal vez porque representa algo que nunca pierde valor: la capacidad de mirar el mundo con entusiasmo y de encontrar belleza incluso en lo cotidiano. Su mirada curiosa transforma lo más simple en algo digno de ser recordado.

Acompañar a Ana en estas páginas es seguir el camino de una joven que empieza a descubrir su lugar en el mundo. Y al caminar junto a ella por las calles tranquilas y los senderos de Avonlea, comprendemos que la vida —con sus pequeños retos, sus amistades y sus sorpresas— puede convertirse en una aventura extraordinaria si se vive con imaginación y esperanza.

El editor





1

UN VECINO FURIBUNDO

Una joven alta y delicada, de apenas dieciséis años, con ojos grises y un cabello que sus amigos tildaban de «castaño claro», se había sentado una hermosa tarde de agosto sobre la ancha escalera de piedra caliza roja de una granja de la isla del Príncipe Eduardo, resuelta a traducir unos versos de Virgilio.

Pero una tarde de agosto, con las neblinas azuladas enganchadas en las cuestas cultivadas, las brisas susurrantes como duendes entre los álamos y un danzante esplendor de rojas amapolas que refulgían contra el oscuro seto de mirtos jóvenes en un rincón del cerezal, se inclinaba más a soñar que a traducir lenguas muertas. Virgilio se deslizó descuidadamente al suelo y Ana, con el mentón entre las manos y los ojos fijos en el espléndido banco de algodonosas nubes que se extendían justo encima de la casa del señor J. A. Harrison como una gran montaña blanca, se hallaba muy lejos, en un mundo placentero, donde cierta maestra de escuela desarrollaba una labor magnífica, moldeando los destinos de futuros estadistas e inspirando las mentes y los corazones jóvenes con elevadas ambiciones.

Para ser sinceros, si se miraba la cruda realidad (lo cual, hemos de confesar, Ana hacía muy pocas veces y solo por obligación), no parecía que hubiese una materia prima muy prometedora para celebridades en el colegio de Avonlea; aunque no sea posible decir qué puede ocurrir si una profesora emplea para bien su influencia. Ana poseía ciertas ideas románticas sobre lo que podía llegar a hacer una maestra si iba por el camino correcto e imaginaba una escena, que sucedería cuarenta años más



adelante, con un célebre personaje, cuya fama se debía a motivos que dejaban en una conveniente oscuridad. Sin embargo, Ana pensaba que sería muy hermoso que fuese el rector de una universidad o un primer ministro de Canadá, que le dedicaba una gran reverencia a sus arrugadas manos y le aseguraba que fue ella quien estimuló por vez primera su ambición y que todo su éxito se debía a las lecciones impartidas por ella mucho tiempo atrás en el colegio de Avonlea. Esta placentera visión se hizo añicos debido a una interrupción francamente desagradable.

Una vaca Jersey apareció corriendo por el sendero y detrás llegó el señor Harrison, si es que «llegar» es el término más adecuado para describir su irrupción.

Saltó la empalizada sin siquiera abrir la puerta y se puso delante de una sorprendida Ana, que se había puesto en pie de un brinco y lo contemplaba con perplejidad. El señor Harrison era su nuevo vecino y hasta entonces no lo había tenido delante, aunque lo hubiese visto de lejos dos veces.

A principios de abril, antes del regreso de Ana de la Academia de la Reina, el señor Robert Bell había vendido su granja, que lindaba con la de los Cuthbert por el oeste, y se había mudado a Charlottetown. Su granja la había comprado un tal J. A. Harrison, cuyo nombre, sumado al hecho de que fuese oriundo de Nueva Brunswick, era todo lo que se sabía de él. Pero antes de cumplir su primer mes en Avonlea se había ganado la fama de ser raro, un «maniático», como lo calificó la señora Rachel Lynde. A propósito, la señora Rachel era una mujer que hablaba de más, como recordarán quienes ya la conozcan. El señor Harrison no se parecía a los demás y ese era el rasgo fundamental de un maniático, como todos saben.

Para empezar, llevaba la casa él solo y había declarado en público que no quería en su propiedad esa majadería llamada mujeres. El sector femenino de Avonlea se vengó con terribles historias sobre su cocina y la llevanza de la casa. Él había tomado



a su servicio al pequeño John Henry Carter de White Sands y él fue quien dio pie a las habladurías. En primer lugar, nunca había una hora fija para comer. El señor Harrison «se comía un bocado» cuando sentía hambre y, si John Henry estaba cerca en ese momento, se acercaba a recoger su parte; pero, si no estaba, debía esperar hasta el siguiente momento en que su jefe sintiese hambre. El pequeño declaró con tristeza que habría muerto de inanición si no hubiese ido a su casa los domingos y se hubiese hartado allí, y gracias también a que su madre le entregaba una cesta de comida para que se la llevase los lunes por la mañana.

En cuanto a fregar los platos, el señor Harrison ni se molestaba salvo que hubiese un domingo lluvioso, en cuyo caso los fregaba todos juntos en el barril del agua de lluvia y allí se quedaban hasta que se secasen.

El señor Harrison se portó con avaricia cuando le pidieron una aportación para pagar el sueldo del pastor Alian, pues dijo que esperaría a ver cuántos dólares de bondad le daba su prédica... Él no creía en eso de comprar a ciegas. Y cuando la señora Lynde fue a pedirle una aportación y de paso a fisgonear en la casa, le espetó que había más de pagano en los chismorreos de las viejas de Avonlea que en ningún otro sitio que él conociese y que con sumo placer contribuiría a sufragar la misión de cristianizarlas si ella se ocupaba. La señora Rachel Lynde salió rabiosa diciendo que, por suerte, la pobre señora Bell reposaba bajo tierra, pues le habría partido el corazón ver el estado de la casa de la que tanto se preciaba.

—¡La pobre fregaba el suelo a diario —le dijo a Marilla Cuthbert en tono indignado—, y si lo viese ahora! Tuve que recogerme las faldas para poder cruzarlo.

Y para colmo, el señor Harrison tenía un loro llamado Ginger. Nadie en Avonlea había tenido hasta entonces un loro, de modo que el hecho se consideró muy poco respetable. ¡Y además, menuda clase de ave! Si hacían caso a John Henry Carter, no había pájaro más deslenguado. Juraba como un tabernero. La



señora Carter habría sacado de inmediato a su hijo de allí si hubiese estado segura de conseguir enseguida otro empleo para él. Además, Ginger le había arañado en el cuello a John Henry un día que se acercó a la jaula más de lo debido. La señora Carter les enseñaba la marca a todos cuando el pobre chico regresaba los domingos a casa.

Todas estas cosas cruzaron por la mente de Ana cuando el señor Harrison estuvo de pie ante ella, al parecer mudo de cólera. Incluso en un estado más amigable, no podía considerarse al señor Harrison un hombre atractivo. Era bajito, obeso y calvo. En aquel momento, con su cara redonda roja de ira, con sus ojos azules saltones que casi se le salían de las órbitas, a Ana se le antojó la persona más fea que había visto. El señor Harrison recuperó el habla de repente.

—No voy a tolerar esto ni un día más —estalló—, ¿me oye, señorita? Por mi alma, es la tercera vez, señorita... ¡la tercera! Le advertí a su tía que no volviese a ocurrir... y ella la dejó... hizo... Me gustaría saber qué significa esto y por eso estoy aquí, señorita.

—¿Me hace el favor de explicar qué pasa? —preguntó Ana en su tono más digno.

Lo había practicado a menudo últimamente para tenerlo bien ensayado cuando empezase de nuevo el curso. Pero el airado señor Harrison pareció inmune al tono.

—¿Que qué pasa, señorita? Ya lo creo que pasa algo. Lo que pasa, señorita, es que he vuelto a encontrarme a la vaca de su tía entre mi avena no hace ni media hora. Es la tercera vez. Mire, la encontré el último martes y otra vez ayer. Vine a decirle a su tía que no debía pasar más y ella ha dejado que pasase. ¿Dónde está su tía, señorita? Quisiera verla para decirle lo que pienso... Lo que piensa J. A. Harrison.

—Si se refiere a la señorita Marilla Cuthbert, no es mi tía, y se ha ido a East Grafton para ver a un pariente que está muy enfermo —dijo Ana con el debido aumento de dignidad en cada



palabra—. Lamento mucho que mi vaca haya irrumpido en su avena. Es mía, no de la señorita Cuthbert. Matthew me la regaló hace tres años cuando era un ternero y se la compró al señor Bell.

—¡Que lo lamenta mucho! Lamentarlo mucho no resuelve nada. Vaya a ver los estragos que ha hecho su vaca en mi avena. La ha pisoteado toda.

—Lo lamento muchísimo —repitió Ana—, pero tal vez si usted mantuviese su valla en mejor estado, Dolly no habría podido pasar. Es su parte de la valla divisoria la que separa nuestros prados de su avena y el otro día noté que no se encuentra en muy buen estado.

—Mi valla está bien —gruñó el señor Harrison, de peor humor que nunca ante aquella entrada del enemigo en su terreno—. La reja de una prisión no bastaría para mantener alejado a ese demonio de vaca. Y le digo, pequeña pelirroja, que si esa vaca es suya, como dice, debería procurar que no pisotee el grano ajeno en vez de estar leyendo noveluchas baratas —concluyó echando una ojeada al inocente Virgilio forrado con papel de color canela que estaba a los pies de Ana.

En aquellos momentos había algo más rojo además del cabello de Ana, que era su punto flaco como bien sabemos.

—Prefiero ser pelirroja antes que tener solo una línea de pelo alrededor de las orejas^[1] —contestó.

El tiro acertó, pues el señor Harrison era muy sensible a su calvicie. La rabia lo dominó de nuevo y solo pudo contemplar mudo a Ana, que recobró su calma y aprovechó la ventaja.

—Puedo perdonarlo, señor Harrison, porque tengo imaginación. Puedo imaginar lo molesto que es hallar una vaca en su avena y no le guardaré rencor por lo que ha dicho. Le prometo

[1] Ana se defiende con ingenio del insulto del señor Harrison sobre su pelo. La frase muestra su carácter valiente y su rapidez para contestar sin perder la educación.



que Dolly no se meterá más en su campo. Le doy mi palabra de honor.

—Bueno, pues ojito y que sea así —murmuró el señor Harrison en tono un poco más suave, aunque se marchó airado y Ana siguió oyendo sus protestas hasta que se perdió en la distancia.

Con la mente tristemente alterada, Ana cruzó el campo y encerró a Dolly.

«Es imposible que salga salvo que haga trizas la valla —reflexionó—. Ahora parece tranquila. Yo diría que la avena le ha sentado mal. Ojalá se la hubiese vendido al señor Shearer cuando me la pidió la semana pasada, pero me pareció que era mejor esperar a la subasta para que vayan todas juntas. Creo que es verdad que el señor Harrison es un maniático. Por cierto que no hay nada en él de alma gemela».

Ana siempre andaba al acecho de almas gemelas.

Marilla Cuthbert llegó al corral con el coche justo cuando Ana regresaba de la casa y la joven corrió a preparar el té. Hablaron del asunto en la mesa.

—Me quedaré más tranquila cuando haya terminado la subasta de ganado —dijo Marilla—. Es mucha responsabilidad tener tanto ganado aquí sin nadie para cuidarlo, aparte de ese Martin, en quien no se puede confiar. Aún no ha vuelto y mira que me prometió que estaría aquí anoche si le daba el día libre para asistir al funeral de su tía. De verdad que no sé cuántas tías tiene. Es la cuarta que se le muere desde hace un año. Qué ganas tengo de que llegue la cosecha y el señor Barry se ocupe de la granja. Tendremos que dejar encerrada a Dolly en el establo hasta que venga Martin, porque debemos tenerla en el prado trasero y hay que reparar la valla. Confieso que este mundo es un valle de lágrimas, como dice Rachel. Ahí tienes a la pobre Mary Keith muriéndose y no sé qué pasará con sus dos hijos. Tiene un hermano en Columbia Británica y le ha escrito, pero aún no tiene noticias.

—¿Cómo son los niños? ¿Qué edad tienen?



—Poco más de seis años... Son mellizos.

—¡Oh, como la señora Hammond tuvo tantos, me interesan los mellizos! —dijo Ana—. ¿Son guapos?

—Créeme que no sabría decírtelo de lo sucios que estaban. Davy había estado fuera jugando con barro y Dora salió a buscarlo. Davy la empujó al barrizal más grande que encontró y entonces, como ella se puso a llorar, él también se metió y chapoteó para demostrarle que no había que llorar. Mary dijo que Dora era una niña obediente, pero que Davy es de la piel del diablo. En realidad no lo han educado. Su padre murió cuando él era pequeño y desde entonces Mary ha estado casi siempre enferma.

—Siempre me dan pena los niños que no han tenido educación —dijo Ana seriamente—. Usted sabe que yo no la tuve hasta que se hizo cargo de mí. Espero que su tío se ocupe de ellos. Dígame, ¿cuál es el parentesco entre la señora Keith y usted?

—¿Entre Mary y yo? Ninguno. Su marido era... primo tercero nuestro. Ahí viene la señora Lynde. Me figuro que vendrá a preguntar por Mary.

—No le cuente lo del señor Harrison y la vaca —le rogó Ana.

Marilla lo prometió, pero fue innecesario, pues la señora Lynde apenas había terminado de sentarse cuando dijo:

—He visto al señor Harrison echando a la vaca de su campo de avena cuando volvía a casa desde Carmody. ¿Armó mucho alboroto?

Ana y Marilla cambiaron una sonrisa divertida y furtiva. A la señora Lynde pocas cosas en Avonlea se le escapaban. Aquella misma mañana, Ana había dicho: «Si entrase alguien en su dormitorio a medianoche, cerrase la puerta con llave, corriese las cortinas y estornudase, la señora Lynde diría al día siguiente que hizo mucho frío por la noche».



—Creo que se ha enfadado bastante —contestó Marilla—. Yo no estaba en casa. Le echó un buen rapapolvo a Ana.

—Me parece un hombre muy antipático —dijo Ana con un movimiento ofensivo de su cabeza pelirroja.

—Qué verdad tan grande has dicho —confirmó con solemnidad la señora Rachel—. Supe que habría problemas cuando Robert Bell vendió su finca a un hombre de Nueva Brunswick, desde luego. No sé qué será de Avonlea con tanta gente nueva. No tardaremos en no estar seguros ni en nuestra propia cama.

—¿Es que vienen más forasteros? —preguntó Marilla.

—¿No lo sabía? Ahí tiene a los Donnell en primer lugar. Esa familia ha alquilado la vieja casa de Peter Sloane. Peter ha empleado al hombre para que cuide del molino. Son del este y no se sabe nada de ellos. Luego está la familia del descuidado de Thomas Corton, que se mudará desde White Sands y será una carga. Él está tísico... eso cuando no roba... y su mujer es una criatura indolente que no hace nada. Friega los platos sentada. La señora de George Pye se ha hecho cargo del sobrino huérfano de su marido, Anthony Pye. Irá a estudiar a tu colegio, Ana, así que puedes esperar problemas por ahí, desde luego. Y también tendrás otro alumno forastero. Paul Irving viene de Estados Unidos a vivir con su abuela. ¿Recuerda a su padre, Marilla, Stephen Irving, el que plantó a Lavendar Lewis en Grafton?

—No creo que la dejase plantada. Se pelearon. Supongo que fue culpa de los dos.

—Bueno, en cualquier caso, que no se casaron y desde entonces la pobre se ha vuelto muy rara, según dicen. Vive ella sola en la casita de piedra que llaman la Morada del Eco. Stephen se marchó a Estados Unidos y se dedicó a los negocios con su tía. Allí se casó con una yanqui. Desde entonces no ha regresado a su casa natal aunque su madre lo visitase un par de veces. Su mujer murió hace dos años y él mandó al chico aquí durante un tiempo. Tiene diez años y no sé si será un alumno deseable. Quién sabe con esos yanquis.



La señora Lynde contemplaba a todos los que no habían tenido la suerte de nacer en la isla del Príncipe Eduardo con un decidido aire de duda. Por supuesto que podían ser buenas personas, pero era mejor dudarlo. Tenía una especial tirria a los estadounidenses. En cierta ocasión a su marido le había estafado diez dólares un bostoniano, de modo que ni los ángeles, ni las celebridades, ni poder alguno podía convencer a la señora Rachel de que no era responsable de aquello todo Estados Unidos.

—La escuela de Avonlea no irá a peor con un poco de sangre nueva —observó con sequedad Marilla—. Además, si se parece un poco a su padre, será un buen muchacho. Stephen Irving era el mejor chico de estos lares, aunque alguno dijese que era arrogante. Creo que la señora Irving estará muy contenta con él. Ha estado muy sola desde que su marido falleció.

—Oh, el muchacho podrá ser bueno, pero no será como los niños de Avonlea —aseveró la señora Rachel zanjando el tema, pues sus opiniones sobre cualquier persona, lugar o cosa siempre eran consistentes y definitivas—. ¿Qué es eso que he oído de que vas a crear una sociedad de fomento del pueblo^[2], Ana?

—Es algo que simplemente he hablado con mis compañeros en el Club de Debate —se ruborizó Ana—. Les ha parecido muy bien, al igual que al señor Alian y a su esposa. Las hay en muchos pueblos.

—Bueno, encontraréis un montón de dificultades. Mejor no te metas en camisa de once varas, Ana, desde luego. A la gente no le gusta que la «fomenten».

—Pero no queremos «fomentar» a la gente, sino a Avonlea. Hay un montón de cosas que se podrían hacer para embellecerla. Por ejemplo, ¿no sería una mejora si fuésemos capaces de convencer al señor Levi Boulter para que demoliese la vieja casa que hay en sus tierras?

[2] Es una asociación vecinal para mejorar Avonlea (limpieza, arreglos, embellecer lugares). Refleja que Ana quiere pasar de soñar a actuar en su comunidad.



—Por supuesto que sí —admitió la señora Rachel—. Hace ya años que esa vieja ruina es una vergüenza para la comarca. Pero ya me gustaría a mí estar ahí para ver y oír a los del «fomento» instando a Levi Boulter a que haga algo por la comunidad sin cobrar. No me gustaría desanimarte, Ana, porque tu idea es buena, aunque supongo que la habrás sacado de alguna de esas inútiles revistas yanquis, pero andarás muy ocupada con el colegio y como amiga te aconsejo que no pierdas el tiempo con eso del «fomento». Ya sé que seguirás adelante si se te ha metido en la cabeza. Eres de las que siempre tiran adelante con lo que se proponen.

Algo en la forma en que puso Ana los labios decía que la señora Rachel no andaba errada. Se había empeñado en crear la Sociedad de Fomento. A Gilbert Blythe, que enseñaría en White Sands y volvería a casa los viernes por la noche hasta el lunes por la mañana, le había entusiasmado la idea, y los demás valoraban todo lo que supusiese reuniones ocasionales y, por lo tanto, un poco de «diversión». Ahora bien, respecto al «fomento», solo Gilbert y Ana tenían una idea clara al respecto. Habían conversado y planificado todo hasta que en su mente (y no en otra parte) existió una Avonlea utópica.

La señora Rachel tenía otra noticia más.

—La escuela de Carmody ha contratado a una tal Priscilla Grant. Ana, ¿no fuiste a la Academia de la Reina con alguien que se llamaba así?

—Sí, claro. ¡Priscilla enseñando en Carmody! ¡Qué bien! —exclamó Ana, con los ojos grises tan resplandecientes que la señora Lynde se preguntó si alguna vez decidiría si Ana era o no una chica guapa.



2

UNA VENTA RÁPIDA Y UN REMORDIMIENTO INSTANTÁNEO

Ana se fue de compras a Carmody la tarde siguiente con Diana Barry. Como es evidente, Diana era un miembro activo de la Sociedad de Fomento y las dos jóvenes se pasaron todo el viaje hablando de ella.

—Lo primero que debemos hacer en cuanto nos pongamos con la sociedad es pintar —dijo Diana cuando pasaron por delante del salón de actos de Avonlea, un edificio un tanto destartelado construido en una vaguada del bosque, con abetos a su alrededor—. El lugar tiene un aspecto un poco cochambroso y debemos arreglarlo antes de que consigamos que el señor Levi Boulter demuela la casa. Papá dice que daremos en hueso. Levi Boulter es demasiado tacaño para dedicar su tiempo a esas pequeñeces.

—Tal vez deje que los chicos la tiren abajo si le prometen que ellos se llevarán los tablones y los convertirán en leña —dijo Ana esperanzada—. Debemos hacer todo lo que podamos y contentarnos con ir poco a poco al principio. No podemos esperar que todo salga bien de entrada. Para empezar tenemos que educar el sentimiento popular.

Diana no estaba muy segura de qué quería decir eso de educar el sentimiento popular, pero sonaba bien y se enorgullecía de pertenecer a una sociedad que tenía aquellos objetivos.

—Anoche pensé algo que podríamos hacer, Ana. ¿Conoces el terreno triangular donde convergían los caminos de Carmody,



Newbridge y White Sands? Está cubierto de abetos jóvenes, pero ¿no quedaría bien si lo desbrozásemos y dejásemos únicamente los dos o tres abedules que hay allí?

—Estupendo —dijo alegremente Ana—. Y colocaremos un banco rústico debajo de los abedules. Y cuando llegue la primavera podemos poner un parterre con flores en medio y plantar geranios.

—Sí; pero debemos pensar algo para conseguir que la anciana señora de Hiram Sloane mantenga a su vaca fuera del camino o se comerá los geranios —rio Diana—. Ahora voy entendiendo lo que significa educar el sentimiento popular. Ahí tienes la vieja casa de Boulter. ¿Has visto algo más inmundo? Y está bien pegada al camino. Un edificio viejo y sin ventanas siempre me recuerda algo muerto y sin ojos.

—A mí me parece que un edificio viejo y vacío siempre es un espectáculo muy triste —dijo Ana en tono soñador—. Me hace pensar en su pasado y lloro por sus antiguas alegrías. Marilla cuenta que hace ya muchos años hubo una familia numerosa en ese viejo edificio y que era un lugar precioso, con un bonito jardín y rosales por todas partes. Estaba lleno de niños, de risas y canciones, pero ahora está desierto y solamente lo atraviesa el viento. ¡Qué triste y solitario debe sentirse! Puede que todos ellos vuelvan durante las noches de luna, quiero decir los espectros de los niños de tiempo atrás, de las rosas y las canciones... y durante unas horas el viejo edificio puede soñar que vuelve a ser joven y alegre.

Diana meneó la cabeza.

—Ahora he dejado de imaginar cosas así, Ana. ¿No te acuerdas cuánto se enfadaron mamá y Marilla cuando nos imaginamos que había fantasmas en el Bosque Embrujado? Ni siquiera hoy puedo cruzarlo tranquila cuando cae la tarde, así que si empiezo a imaginar cosas así sobre ese viejo edificio de los Boulter, tendré miedo cuando pase por allí. Además, esos niños



están vivos. Han crecido y les va muy bien. Uno carnicero. Y, en todo caso, las flores y las canciones no pueden tener fantasmas.

Ana exhaló un débil suspiro. Quería mucho a Diana y habían sido buenas amigas desde que se conocieron; sin embargo, había aprendido hacía ya mucho tiempo que cuando se aventuraba en el reino de la fantasía debía hacerlo ella sola. Era una senda encantada por donde no podía seguirla ni siquiera el ser más querido.

Estando las dos en Carmody cayó un aguacero que duró solo un rato, y fue una delicia el regreso a casa por caminos en donde chispeaban las gotas de lluvia sobre los setos y los valles cubiertos de hojarasca, y donde flotaba en el aire el aroma de los helechos mojados.

Pero justo al girar para enfilar el sendero de los Cuthbert, Ana vio algo que echó a perder toda la belleza del paisaje.

Ante ellas, justo a la derecha, se extendía el amplio campo del señor Harrison, húmedo y lujuriante, lleno de avena tardía de un tono gris verdoso. Allí, en el centro, mirándolas apaciblemente por encima de las campanillas, pastaba una vaca Jersey.

Ana dejó caer las riendas y se puso en pie con un fruncimiento en los labios que no presagiaba nada bueno para aquel depredador de cuatro patas. No dijo nada, pero bajó con un brinco ágil por la rueda y saltó la valla antes de que Diana fuese capaz de comprender lo que había sucedido.

—Ana, vuelve —gritó, como si hubiese recuperado la voz—. Se te va a estropear el vestido con el grano húmedo. Lo echarás a perder. ¡No me oye! Bueno, no va a ser capaz de sacar ella sola esa vaca, así que me tocará ir a ayudarla.

Ana corrió entre el grano como una loca. Diana saltó rápidamente del coche, ató el caballo a un poste, se echó las faldas de su bonito vestido sobre los hombros, cruzó la valla y fue tras su frenética amiga. Podía correr más deprisa que Ana, a quien la falda empapada le trababa las piernas, de manera que pronto



la alcanzó. Dejaron detrás de ellas una senda que le partiría el corazón al señor Harrison en cuanto la viese.

—Ana, detente, por amor de Dios —resolló la pobre Diana—. No puedo respirar y tú estás pingando.

—Tengo... que... sacar... esa... vaca... antes que... el señor Harrison... la vea —exhaló Ana—. No... me importa... ahogarme... si... podemos... hacerlo.

Sin embargo, la vaca Jersey no parecía ver motivos de peso para abandonar su succulenta comida. En cuanto se le hubieron acercado las dos jóvenes, giró y corrió hacia el extremo opuesto del campo.

—¡Arréala! —gritó Ana—. ¡Corre, Diana, corre!

Diana corrió. Ana también, y el dichoso cuadrúpedo corrió por todo el campo como loco. Ana creyó que lo estaba. Pasaron al menos diez minutos antes de que pudiesen hacer que saliese por la senda que había en la esquina que lindaba con el campo de los Cuthbert.

No se puede negar que Ana estaba en esos momentos cualquier cosa menos calmada. Tampoco la tranquilizó mucho contemplar un coche detenido al otro lado del sendero, donde estaban sentados el señor Shearer y su hijo, ambos de Carmody, mostrando una amplia sonrisa.

—Me temo que deberías haberme vendido esa vaca cuando quise comprártela la semana pasada, Ana —murmuró el señor Shearer.

—Se la vendo si la sigue queriendo —dijo la inquieta y desgredada dueña—. Se la puede llevar ahora mismo.

—Trato hecho. Pagaré los veinte dólares que te ofrecí y Jim se la llevará a Carmody. Saldrá esta noche con el resto del embarque. El señor Reed de Brighton quiere una vaca Jersey.



Cinco minutos más tarde, Jim Shearer y la vaca iban camino arriba y la impulsiva Ana caminaba hacia Tejas Verdes con sus veinte dólares.

—¿Qué dirá Marilla? —preguntó Diana.

—Oh, le dará lo mismo. Dolly era mi vaca y es probable que no hubiese sacado más de veinte dólares en la subasta. Pero, Diana, si el señor Harrison ve ese sembrado sabrá que ha entrado de nuevo después de que yo le diese mi palabra de honor de que eso no pasaría más. Bueno, esto me servirá de escarmiento para no volver a dar mi palabra de honor cuando se trate de vacas. Una vaca que es capaz de saltar una valla y escapar de un establo no es digna de confianza.

Marilla había ido a visitar a la señora Lynde y cuando volvió ya estaba al corriente sobre la venta de Dolly, pues la señora Rachel había sido testigo desde su ventana de la mayor parte de la transacción y adivinado todo lo demás.

—Supongo que será mejor que se haya ido. Sin embargo, acostumbra a hacer las cosas con demasiada precipitación, Ana. Lo que no comprendo es cómo ha podido escapar del establo. Debe haber tirado abajo la pared.

—No se me ha ocurrido mirar, pero ahora mismo iré a echar un vistazo —dijo Ana—. Martin no ha vuelto. Puede que se le hayan muerto unas cuantas tías más. Creo que es algo como lo de Peter Sloane y los octogenarios. La otra noche, la señora Sloane estaba leyendo un periódico y le dijo a su marido: «Veo que ha fallecido otro octogenario. ¿Qué es un octogenario, Peter?» Entonces el señor Sloane respondió que no tenía ni idea, pero que deben ser criaturas muy enfermas, porque no sabía de ellas más que se morían. Eso es lo que ocurre con las tías de Martin.

—Martin es como todos esos franceses —dijo Marilla disgustada—. No se puede confiar en ellos.



Marilla estaba revisando las compras de Ana cuando le llegó un grito del establo. Segundos después, la muchacha entraba corriendo en la cocina retorciéndose las manos.

—Ana Shirley, ¿y ahora qué pasa?

—Oh, Marilla, ¿qué voy a hacer? Esto es espantoso. Y es culpa mía. ¿Cuándo aprenderé a pararme a pensar y a no aturullarme? La señora Lynde siempre ha dicho que algún día haría algo horrible y ya lo he hecho.

—¿Ana, eres exasperante! ¿Qué has hecho ahora?

—He vendido la vaca Jersey del señor Harrison, la que le compró al señor Bell..., ¡al señor Shearer! Dolly sigue en el establo.

—¿Ana Shirley, estás soñando?

—Ojalá. No es un sueño, aunque parezca una pesadilla. La vaca del señor Harrison debe estar en estos momentos en Charlottetown. Oh, Marilla, creí que ya no volvería a meterme en camisa de once varas y heme aquí otra vez. ¿Qué puedo hacer?

—¿Hacer? No puedes hacer nada, niña, salvo ir a ver al señor Harrison. Podemos ofrecerle nuestra vaca si no quiere el dinero. Es tan buena como la suya.

—Estoy segura de que se pondrá como una fiera —se quejó Ana.

—Ya lo creo. Parece ser un tipo bastante irritable. Yo me acercaré a explicarle todo si quieres.

—No, no soy tan ruin como para permitir eso —exclamó Ana—. Ha sido todo por mi culpa y desde luego que no voy a escapar al castigo. Iré sola ahora mismo. Cuanto antes termine, mejor, pues será terriblemente humillante.

La pobre Ana recogió su sombrero y sus veinte dólares y, al salir, se le ocurrió mirar por la puerta de la despensa.

Sobre la mesa reposaba una tarta de nueces que había horneado esa misma mañana. Era una masa especialmente



apetitosa, escarchada con azúcar rosado y adornada con pecanas.

Ana la había preparado para el viernes por la noche, cuando los jóvenes de Avonlea iban a reunirse en Tejas Verdes para organizar la Sociedad de Fomento. Pero ¿qué eran ellos en comparación con el lógicamente ofendido señor Harrison? Ana pensó que tal vez una tarta como esa ablandaría el corazón de cualquier hombre, sobre todo el de uno que debía prepararse su propia comida, así que la metió en una caja. Se la llevaría al señor Harrison como ofrenda de paz.

«Eso si me da la oportunidad de decir algo —pensó tristemente mientras subía por el sendero vallado y atravesaba los campos dorados a la luz del atardecer de agosto—. Ahora ya sé cómo se sienten los condenados camino de la horca».



3

EL SEÑOR HARRISON EN LA INTIMIDAD

La casa del señor Harrison era una antigua casa encalada de aleros bajos construida frente a un espeso monte de abetos.

El señor Harrison estaba sentado en la galería debajo del emparrado, disfrutando de su pipa y de la puesta de sol. Cuando vio quién venía por el sendero, se incorporó rápidamente, se metió en la casa y cerró la puerta. Su reacción fue sencillamente la consecuencia de su desagradable sensación de sorpresa, mezclada con una buena dosis de vergüenza debida a su ataque de mal humor de la víspera. Pero aquella actitud casi terminó con el poco valor que aún quedaba en el corazón de Ana. «Si está así, qué pasará cuando se entere de lo que he hecho», reflexionó tristemente mientras golpeaba la puerta.

Sin embargo, el señor Harrison abrió sonriendo con timidez y la invitó a entrar empleando un tono amable y amistoso, aunque no exento de nerviosismo. Había dejado su pipa y se había puesto la chaqueta. Le ofreció amablemente a Ana una silla polvorienta y su acogida podría haber sido incluso cordial si no hubiese sido por la charla de un loro de perversos ojillos dorados que espiaba a través de los barrotes de una jaula. Apenas se hubo sentado Ana, Ginger exclamó:

—¡Bendito sea el cielo! ¿A qué viene esta pelirroja de poca monta?

Sería difícil decir qué rostro estaba más colorado, si el del señor Harrison o el de Ana.



—No hay que hacerle caso —le pidió el señor Harrison dedicándole una mirada furibunda a Ginger—. Está... diciendo siempre tonterías. Me lo regaló mi hermano, que era marino. Los marinos no suelen usar un lenguaje muy fino y los loros son unas aves capaces de imitarlo todo.

—Es lo que había pensado —dijo la pobre Ana, que dejó a un lado su resentimiento al recordar a qué había ido allí.

No podía permitirse tratar con enfado al señor Harrison en las actuales circunstancias. Cuando una ha vendido la vaca de alguien sin que esa persona lo sepa ni haya prestado su consentimiento, es mejor olvidar que su loro repite cosas poco halagüeñas. De todos modos, «la pelirroja de poca monta» no se sentía todo lo humilde que habría cabido desear.

—He venido a confesarle algo, señor Harrison —dijo con decisión—. Es... sobre... la vaca Jersey.

—¡Bendito sea el cielo! —exclamó nervioso el señor Harrison—, ¿ha vuelto a entrar a pisotear mi avena? Bueno, no pasa nada..., no importa si lo ha hecho. No tiene importancia... en absoluto. Yo... estuve muy grosero ayer. No importa si lo ha hecho.

—Oh, si fuese solo eso —suspiró Ana—. Pero es muchísimo peor. Yo no...

—¡Bendito sea el cielo! ¿Quiere decir eso que se ha metido en mi trigo?

—No..., en el trigo no. Pero...

—¡Entonces, en las coles! ¿Se ha metido entre las coles que estaba cultivando para la exposición, eh?

—Las coles no tienen nada que ver en esto, señor Harrison. Se lo contaré todo..., a eso he venido; pero le ruego que no me interrumpa. Me pone nerviosa. Déjeme hablar y no diga nada hasta que haya acabado. Seguro que entonces hablará y mucho —concluyó Ana, diciéndose esta última frase para sus adentros.



—No diré una palabra —le prometió el señor Harrison y cumplió su palabra.

Sin embargo, Ginger no había prometido nada y no paraba de gritar a intervalos «insignificante de poca monta», hasta que Ana se enfureció.

—Ayer encerré a mi vaca Jersey en nuestro establo. Esta mañana fui a Carmody y justo al volver vi una Jersey entre su avena. Diana y yo la perseguimos y no puede imaginarse lo mucho que nos costó atraparla. Yo estaba empapada y cansada cuando en ese momento apareció el señor Shearer y se ofreció a comprarme la vaca. Se la vendí por veinte dólares en ese momento. Este fue mi error. Debería haber esperado y consultado a Marilla. Pero tengo una espantosa predisposición a hacer las cosas sin pensar. Puede dar fe de ello cualquiera que me conozca. El señor Shearer se llevó la vaca enseguida para meterla en el tren de la tarde.

—¡Pelirroja de poca monta! —chilló Ginger en tono de profundo desprecio.

En aquel punto, el señor Harrison se levantó y, con una expresión que habría aterrorizado a cualquier ave que no fuese un loro, se llevó la jaula de Ginger a una habitación contigua y cerró la puerta. Ginger gritó, renegó e hizo otras cosas más acordes con su fama, pero al final, al ver que lo habían dejado solo, se sumió en un triste silencio.

—Perdón, continúa —dijo el señor Harrison tomando de nuevo asiento—. Mi hermano el marinero no le enseñó modales a ese pájaro.

—Llegué a casa y después del té me acerqué al establo, señor Harrison. —Ana se inclinó hacia delante, juntó las manos como hacía cuando era una niña mientras sus grandes ojos grises se clavaban implorantes en el alterado rostro del señor Harrison—. Vi que mi vaca estaba encerrada en el establo. Es su vaca la que le vendí al señor Shearer.



—¡Bendito sea el cielo! —exclamó el señor Harrison, pasmado ante semejante desenlace—. ¡Qué cosa tan increíble!

—Oh, no es para nada increíble que yo me meta en líos y siempre ponga en apuros a la gente —dijo Ana en tono triste—. Me las pinto sola para eso. A usted podrá parecerle que ya soy demasiado mayorcita para eso. Cumpliré diecisiete años en marzo, pero nadie lo diría, señor Harrison. ¿Sería demasiado esperar que me perdone? Me temo que es muy tarde para traerle su vaca de vuelta, pero aquí tiene el dinero que me han pagado por ella o, si lo prefiere, puede quedarse con la mía. Es una vaca muy buena. No puedo decirle cuánto lamento esta confusión.

—Bueno, bueno —dijo animadamente el señor Harrison—. No digas una sola palabra más sobre este asunto, señorita. No tiene importancia..., ninguna importancia. Se trata de un error. Yo también a veces me precipito, chiquilla, y lo hago demasiado. Pero no puedo evitar decir lo que se me pasa por la cabeza y la gente tiene que aceptarme como soy. Claro que si esa vaca hubiese estado entre mis coles... Pero da igual, no lo hizo y todo está bien. Me parece que me quedaré con tu vaca, ya que quieres librarte de ella.

—Oh, gracias, señor Harrison. Estoy tan contenta de que no se haya ofendido. Temía que se enfadase.

—Y me figuro que tendrías pavor de venir aquí a contármelo después del jaleo que armé ayer, ¿eh? Pero no me hagas caso. Soy un viejo gruñón, eso es todo... Siempre estoy listo para decir la verdad, aunque sea un poco cruda.

—Como la señora Lynde —dijo Ana sin darse cuenta.

—¿Quién? ¿La señora Lynde? No me digas que me parezco a esa vieja cotilla —dijo irritado el señor Harrison—. No me parezco a ella... en absoluto. ¿Qué llevas en esa caja?

—Una tarta —exclamó jocosamente Ana, cuyo humor había remontado por el alivio ante la inesperada amabilidad del señor Harrison—. Se la he traído. Pensé que no comería tarta muy a menudo.



—Pues la verdad es que no y me encanta. Te estoy muy agradecido. Tiene muy buena pinta. Espero que el sabor también sea bueno.

—Lo es —le confió Ana—. Antes preparaba tartas que eran un desastre, como podrá contarle la señora Alian; pero esta está rica. La había preparado para la Sociedad de Fomento, pero puedo hacer otra.

—Muy bien, pero te diré, chiquilla, que deberás ayudarme a comerla. Pondré agua a calentar y tomaremos un té. ¿Qué te parece?

—¿Me deja que lo prepare? —preguntó Ana dubitativamente. El señor Harrison rio entre dientes.

—Veo que confías poco en mi habilidad para preparar el té. Te equivocas. Puedo preparar un té que te chuparás los dedos. Pero mira. Por suerte, el domingo llovió y hay un montón de platos limpios.

Ana saltó prontamente y se puso manos a la obra. Lavó la tetera varias veces antes de echar dentro el té. Luego repasó la cocina y puso la mesa, sacando los platos de la alacena. Su estado la espantó, pero fue discreta y no dijo nada. El señor Harrison le indicó dónde estaban el pan, la mantequilla y una lata de melocotón en almíbar. Ana adornó la mesa con un ramillete de flores del jardín e hizo caso omiso a las manchas del mantel. El té no tardó en estar preparado y Ana se encontró sentada frente al señor Harrison ante su propia mesa, sirviéndole el té y hablando con entera libertad sobre su colegio, sus amigos y sus planes. Apenas podía creerlo.

El señor Harrison había traído de vuelta a Ginger, diciendo que el pobre pájaro se sentiría muy solo, y Ana, dispuesta a perdonar a todos y a todo, le ofreció una nuez. Sin embargo, habían herido en lo más hondo los sentimientos de Ginger y rechazó cualquier oferta de amistad. Se encaramó pensativamente en su percha y acomodó su plumaje hasta quedar hecho una pelota verde y oro.



—¿Por qué se llama Ginger? —preguntó Ana, a quien le gustaban los nombres apropiados y le parecía que Ginger no era el más adecuado para aquel magnífico plumaje.

—Mi hermano el marino se lo puso. Tal vez tenga algo que ver con su carácter. Pienso mucho sobre este pájaro. Te sorprendería saber cuánto. Claro está que también tiene sus defectos. Me ha dado más de un disgusto. Mucha gente protesta contra su costumbre de renegar, pero soy incapaz de quitársela. Lo he intentado y también otras personas. Algunos tienen prejuicios contra los loros. Es una estupidez, ¿verdad? A mí me gustan y Ginger me hace mucha compañía. Nada podría hacer que lo abandonase..., nada en este mundo.

El señor Harrison pronunció aquella última frase con tanto sentimiento como si hubiese pensado que Ana albergaba un designio oculto de persuadirlo de que dejase a Ginger. Sin embargo, a ella estaba empezando a caerle bien aquel extraño, inquieto y agitado hombrecillo, de manera que antes de que terminaran de tomar el té, se habían convertido en dos buenos amigos. Al señor Harrison le interesó la Sociedad de Fomento y aprobó la idea.

—Muy bien. Adelante. Hay montones de cosas que se pueden mejorar en este pueblo... y también personas.

—¡Oh! No sé —saltó Ana que, para sí misma o entre sus amigos más íntimos, podía reconocer que en Avonlea y entre sus habitantes había pequeñas imperfecciones fácilmente remediabiles. Pero que lo dijese un forastero como el señor Harrison, era harina de otro costal—. Creo que Avonlea es un lugar encantador y que la gente es muy agradable.

—Tienes un genio muy vivo —comentó el señor Harrison, contemplando las mejillas enrojecidas y los ojos indignados de su interlocutora—. Avonlea es un lugar bastante decente o no me habría establecido aquí. Pero supongo que incluso tú reconocerás que tiene defectos.



Fin de la edición promocional